

SANTA MARÍA DE IQUIQUE EN LA IDENTIDAD OBRERA: LA RADICALIZACIÓN DE LA CONCIENCIA DE CLASE

Pablo Artaza Barrios

partaza@uchile.cl

Universidad de Chile

Clase social e identidad obrera

La radicalidad en el incremento de la movilización y asociatividad popular desde 1890 en adelante, permite apreciar con relativa facilidad la centralidad que adquirió en el período la constitución de una clase social, que como categoría actuaba sobre la articulación de la identidad de los sectores populares tarapaqueños.¹ Es así como, a pesar de que Luis Alberto Romero plantea que la identidad de los sectores populares —al estar cruzada por innumerables diferencias ya sea ocupacionales, culturales o nacionales— pareciera dividirse y fragmentarse hasta astillarse, es posible que surjan determinadas facetas que permitan que prevalezcan algunos elementos por sobre los otros, generando una identidad más compacta.²

Durante el período examinado, la clase social jugó un papel fundamental como *fuerza de sentido* para los pobres de Tarapacá. El trabajo, las condiciones en que se efectuaba, las características de estrecho contacto social que generaba, llegaron a constituir entre 1880 y 1907, las bases de la existencia para los habitantes de la provincia y, a partir de ellas, condicionaron la asociatividad, el comportamiento colectivo y la generación de una cultura popular que tendió a articularse en torno a la clase como una de sus fuentes priorizadas de identidad colectiva.

Así planteado y coincidiendo con Charles Taylor, para quien la "identidad se define por los compromisos e identificaciones que proporcionan el marco u horizonte dentro del cual yo intento determinar, caso a caso, lo que es bueno, valioso, lo que apruebo o a lo que me opongo".³ Queda claro que la adscripción de clase jugó un papel clave en la conformación de la identidad popular entre 1880 y 1907, ya que es en torno a esta posición, que los sectores populares tendieron a generar sus estrategias, ordenar sus vidas y planear su futuro. Ahora bien, ello no quiere decir que la clase haya llegado a constituir el único referente generador de identidad, siempre dinámica y atravesada por elementos cruzados, pero al menos durante este período, pudo aparecer un elemento, la identificación con una clase social, que actuó como horizonte de referencia para que los trabajadores tarapaqueños enfrentaran su existencia cotidiana y a partir de ella elaboraran, construyeran y proyectaran subjetivamente su experiencia, transformándose en la *poderosa palanca* que en lo inmediato les permitiera mejorar su precaria condición, y, a la vez, en un plazo mayor, diseñar una alternativa de transformación profunda del conjunto de la sociedad. Lo que exigía que esta identidad obrera se cimentara sobre mayores niveles de conciencia de clase.

¹ Lo que ha sido desarrollado en el capítulo I de mi libro *Movimiento social y politización popular en Tarapacá, 1900 – 1912* (Concepción: Escaparate ed., 2006); Respecto a la constitución de la identidad obrera, confrontar los artículos de Julio Pinto, "Discursos de clase en el ciclo salitrero: La construcción ideológica del sujeto obrero en Chile, 1890-1912", *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* Año VIII Vol. 1/2 (2004), 131 a 198; y "El despertar del proletario: El Partido Obrero Socialista y la construcción de la identidad obrera en Chile", *Hispanic American Historical Review*, 86, 4 (2006), 707 a 745. En cuanto a la identidad pampina ver Julio Pinto, Verónica Valdivia y Pablo Artaza, "Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890)", *Historia* Vol. 36 (2003), 275 a 332

² Ver Luis Alberto Romero, "La identidad de los sectores populares en el Buenos Aires de la entreguerra (1920-1945)", *Última Década* 5 (1996)

³ Charles Taylor, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna* (Barcelona: Paidós Básica, 1996), 1996

Para la historiografía, la radicalización del movimiento obrero basado en una mayor conciencia de clase es la gran consecuencia de la matanza de Santa María, pero la forma en que ha sido planteado proporciona una explicación insuficiente al proceso de formación de la conciencia de clase, ya sea si consideramos a ésta como el resultado de la experiencia organizativa popular de comienzos de siglo o como fruto de la represión con que fue enfrentado en general el movimiento social durante este período y de la huelga iquiqueña en particular. Ello nos obliga a centrar nuestra atención en el impacto generado a raíz de la matanza de Iquique, buscando respuestas en el comportamiento real y discursivo de los diversos actores sociales y políticos⁴. Así se aclararían las implicancias de este hecho, especialmente en lo referente a la radicalización posterior del conflicto social y sus repercusiones en la difusión de la conciencia de clase en el proletariado chileno.

Al referirse específicamente a este asunto, Hernán Ramírez explica el surgimiento de la conciencia de clases al fragor del desarrollo del conflicto social. Para él es en los enfrentamientos mismos donde “se va templando la conciencia proletaria, la capacidad de lucha de los trabajadores se acrecienta y sus organizaciones se perfeccionan, adquiriendo orientaciones y fijándose objetivos cada vez más ciertos”. Asimismo, luego de enumerar los principales acontecimientos que caracterizan al movimiento popular de principios de siglo indica que “con todo lo que ella [esta conflictividad] entraña como expresión de palpitante acción popular revela que ...la conciencia de clases de los más avanzados trabajadores chilenos se hizo sólida, coherente, completa”⁵. Con ello, este autor nos señala el surgimiento y consolidación de la conciencia de clase como un proceso que corre muy de la mano con la propia acción y por ende experiencia política y reivindicativa de los trabajadores; sin embargo, poco nos dice respecto a los mecanismos concretos que operaron para realizar este proceso. En otras palabras, cómo y por medio de qué procesos es que sería posible el que junto a la radicalización del conflicto social se experimentara una profundización en la conciencia de clase. Luis Vitale, por su parte, coincide al caracterizar este período como de “ascenso, autonomía e independencia de clase”, ya que para él “la conciencia se fue forjando en la acción”⁶.

Este problema fue específicamente planteado por Enrique Reyes, quien al analizar los estudios del movimiento obrero señala que en ellos, “históricamente no se plantea en forma correcta la descripción historiográfica de la toma de conciencia proletaria”, ya que para él “pierde su exacta dimensión el problema, al plantearse en forma unilineal, como mera descripción del desarrollo del movimiento obrero, y lo que debiera ser determinación específica de una forma o grado de conciencia cualitativo que surge inherente, y a su vez se hace evidente, a partir del concepto de lucha de clases, se torna narración de hechos, a la que falta el nexo cualitativo”. Sin embargo, al terminar su estudio, este autor vuelve a centrar la atención como eje del proceso formativo de la conciencia de clase en la experiencia y en la labor conductora de las organizaciones populares, al señalar que “la derivación práctica de estos conceptos y situaciones señaladas lo constituirán la lucha reivindicativa propiamente tal, la gradual y creciente toma de conciencia que implica la misma para la masa trabajadora, expresión de lo cual serán las organizaciones a través de las cuales los asalariados nortinos conduzcan su acción”⁷.

Sin desconocer en ningún momento el rol que le cabe a las acciones de los trabajadores y especialmente a la experiencia que el movimiento popular ganó con ellas, o a la vivencia de la explotación, primero para la conformación de una clase y posteriormente para la adquisición de su conciencia, este proceso no sería en ningún caso algo mecánico, no operaría automáticamente.

⁴ Labor que hemos intentado en Artaza, *Movimiento social* Capítulo II

⁵ Hernán Ramírez, *Origen y formación del Partido Comunista (Ensayo de la historia del Partido)* (Moscú: Editorial Progreso, 1984), 47 y 52, respectivamente

⁶ Luis Vitale, *Interpretación marxista de la Historia de Chile* Vol. V (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1993), 106, 124 y 125

⁷ Enrique Reyes, “El desarrollo del Ciclo Salitrero y su influencia en el desenvolvimiento de la conciencia proletaria en Chile (Postguerra del Pacífico – crisis capitalista de 1929)”, *Boletín de la Universidad de Chile* 114 (1971), 16, 18 y 21, respectivamente

Tal cual lo vemos expresado en Ramírez y Vitale, el centrar la maduración de la conciencia de clase en el mismo accionar popular nos proporciona —en nuestra opinión— una explicación bastante pobre de este proceso, ya que sólo indicaría qué es lo que acontece pero sin develar el cómo ocurriría.

En este sentido, consideramos más relevante el profundizar en torno a cómo ocurre el proceso de conformación de la conciencia de clase enmarcado en una situación concreta de clase. Así, para evaluar el impacto de Santa María de Iquique en la profundización de la conciencia de clase del proletariado tarapaqueño y nacional, parece fundamental observar precisamente la o las traducciones de este hecho en el saber popular o, al menos, en las de sus organizaciones, ya que solo ahí podríamos encontrar la explicación a cómo un acontecimiento concreto —en este caso la masacre obrera— influiría en dicho proceso, el que sin duda es de mucho mayor alcance. Por ello es que brevemente intentaremos precisar cómo vivieron, experimentaron y tradujeron los trabajadores tarapaqueños la matanza y cuáles son las modificaciones introducidas tanto a nivel del comportamiento de sus organizaciones como del movimiento popular en general, buscando poder aclarar cómo esta dramática experiencia actuó sobre la conciencia de clase del proletariado. Siguiendo a Thompson podríamos decir que, en esta parte, lo que precisamente pretendemos es realizar un análisis sobre la formación de la conciencia de clase en el proletariado tarapaqueño dentro de “una situación real de clase y en un contexto histórico real”.⁸

Inmediatamente después de ocurridos los sucesos, la masacre iquiqueña causó una profunda conmoción en el proletariado chileno, más aún en el tarapaqueño. Pese a la censura oficial y a los esfuerzos gastados por la autoridad para adulterar la realidad de lo ocurrido, la *hecatombe* —como fue calificada por círculos obreros— no pasó desapercibida para los obreros del país, así como tampoco fue rápidamente olvidada. La censura oficial respecto de estos acontecimientos se impuso durante su mismo transcurso y se reforzó luego de su fatídico desenlace, aplicándose un férreo control sobre la correspondencia telegráfica emanada desde Iquique, la que duró hasta fines de 1907.⁹

Asimismo, la prensa obrera iquiqueña también fue clausurada. El periódico El Pueblo Obrero, vinculado al Partido Demócrata fue cerrado el 21 de Diciembre y no reapareció hasta el 11 de enero de 1908, edición en que realiza una descarnada narración de los acontecimientos del 21 y ello le significa una nueva clausura, la que se extenderá hasta el 30 de ese mes. De la misma forma, el periódico de la Mancomunal de Obreros de Iquique, El Trabajo, sólo reaparece el 9 de enero y notoriamente se cuida de ser nuevamente censurado. En Santiago, los periódicos que mayor información entregaban sobre los sucesos de Iquique —La Época y La Reforma— también fueron silenciados por la autoridad. Esta actitud tendiente a callar a la prensa obrera respondía a una intención de evitar la difusión de lo sucedido y había sido sugerida por el gobierno central, quien ante la consulta del Intendente le indica que “Ministerio (del Interior) no puede indicar usted forma proceder respecto artículos subversivos diarios obreros. Intendencia tiene mil medios de proceder para evitar publicación. En último caso puede hacerles acusar a justicia por ministerio público”.¹⁰

Pese a ello, al saberse la noticia del desenlace de la huelga iquiqueña y a medida que ésta llegaba a las diversas localidades, la prensa obrera comenzó a referir largos artículos al respecto. Por otra parte, en la Cámara de Diputados los representantes demócratas, entre otros, realizaron extensas intervenciones y se interpeló al Ministro del Interior, Rafael Sotomayor. Si bien, las acciones parlamentarias no prosperaron, los sectores populares —fundamentalmente por medio de su prensa— realizaron una lectura propia de estos sucesos, la que les permitió internalizar la experiencia vivida por los trabajadores tarapaqueños, extraer enseñanzas de ella y, sobre todo, no

⁸ Edward Thompson, *La formación histórica de la clase obrera* (Barcelona: Editorial Laia, 1977), 10

⁹ Ver ANS, AA, FMI, Volumen N° 3318, Copiador de Telegramas. Telegrama del 16 de diciembre de 1907, de Rafael Sotomayor a Intendente Tarapacá y Telegrama del 21 de diciembre de 1907, de Rafael Sotomayor a Intendente Tarapacá.

¹⁰ ANS, AA, FMI, Volumen N° 3321, Copiador de Telegramas. Telegrama del 15 de enero de 1908, de Rafael Sotomayor a Intendente Tarapacá

permitir su olvido. Esto hace que las afirmaciones de Gonzalo Vial al respecto sean particularmente antojadizas, al indicar que “el 21 de diciembre pareció sepultado por la impunidad y el olvido. La prensa informó tardía, fragmentaria y parcialmente... La discusión parlamentaria sobre los hechos no tuvo la menor trascendencia... El Gobierno, por fin, respaldó solemnemente a Eastman y Silva. Con estos elementos, el país se convenció: la represión había sido necesaria; las mismas víctimas fueron las culpables; debió aplicárseles la fuerza para impedir incendiaran y saquearan la ciudad. *Nadie socialmente importante desmintió esta versión ni la examinó con ojo crítico*”.¹¹ Ante lo que cabría preguntarse si en verdad no importa socialmente la profunda denuncia que de esto realiza el movimiento popular, ya que pese a esta hipocresía oficial, la prensa popular, aquella vinculada al partido Demócrata, al movimiento Mancomunal, al anarquismo, entre otros, no calló la voz para condenar la brutalidad desplegada en Iquique, y más aun ella es la que consideramos clave para conocer y comprender la lectura popular de los sucesos de Santa María. La que a nuestro juicio resultaría de vital importancia para comprender cómo, la experiencia vivida en Iquique jugaría un papel relevante en la adquisición de una mayor conciencia de clase por parte del proletariado tarapaqueño.

La lectura popular de la matanza y conciencia de clase

En primer lugar, los sucesos de Iquique fueron rescatados y posteriormente serían recordados, por los periódicos obreros como un martirio, como una inmolación de los compañeros de clase en su lucha por justas reivindicaciones. Antes que nada, los trabajadores realizaron un duelo. Esto tiene un sentido claro, los obreros tarapaqueños no murieron como tantos otros debido a las malas condiciones de vida o a los constantes accidentes del trabajo, ellos fueron brutalmente asesinados: “La matemática puntería de una ametralladora dirigida por manos de un general contra elementos indefensos ha venido a enlutar de nuevo la colectividad nacional; bajemos pues nuestras frentes para enlutar nuestros corazones de la enormidad de los efectos de tan certera puntería; centenas de obreros de la pampa cayeron para siempre inmolados por la metralla asesina”¹².

Posteriormente, cada aniversario de la masacre será una oportunidad adecuada para no dejar olvidar la inmolación obrera de Tarapacá.

*Hace un año —clama El Pueblo Obrero en el 1º aniversario de la masacre— que la injusticia humana con el candente plomo, con el torrente destructor de las metralas, y la aguda y férrea punta de las lanzas, arrebatava la vida a mil modestos y pacíficos obreros. ... Pidió un pan y se le dio acero! La perversidad de las corrompidas almas, la maldad de algunos inhumanos corazones, la pequeñez de criterio de algunos seres de extraviado cerebro, que accionan desde la altura y el criminal instinto basado en tenaz odio, cargó a la nave del trabajo con los despojos sangrientos de un millar de mártires.*¹³

Esta no sólo era una fecha que no debía olvidarse, sino que además se convertía en un hito propicio para homenajear a los caídos por una justa causa, y así —al describir la romería efectuada en el puerto— un periódico popular señalaba: “Los obreros que concurren altivos y resueltos, para asistir a ese torneo fraternal a que los alentaba la justicia que los impulsaba a rendir un homenaje al sacrificio del millar de víctimas inmoladas por el capricho de una oligarquía bajo la influencia maléfica del capital que azuzaba”.¹⁴

¹¹ Gonzalo Vial, *Historia de Chile, (1891 – 1973)* Vol. I Tomo II (Santiago de Chile: Editorial Santillana, 1982), 908 y siguiente. La frase en cursivas ha sido por mi destacada

¹² “Duelo social”, *La Reforma* (Santiago de Chile), 29 de Diciembre de 1907

¹³ “In memoriam”, *El Pueblo Obrero* (Iquique), 21 de diciembre de 1908, ver también “Triste recuerdo”, de este mismo día

¹⁴ “La romería del lunes”, *El pueblo Obrero* (Iquique), 21 de diciembre de 1908. Otro periódico diría que, “Así como la Patria levanta monumentos de admiración para los héroes más gloriosos de sus memorables epopeyas, así también los obreros y obreras, debemos cincelar en nuestras almas un monumento, que inmortalice la memoria de los mártires asesinados en Iquique, por haber pedido un pan más para sus hijos, un pan más para sus esposas!”. En “Primer aniversario de la matanza de Iquique. Nuestra protesta y nues-

Asimismo, dos años después de los sucesos de Iquique, el recuerdo seguirá vivo en la memoria popular, “Fresca está todavía la sangre de las mil víctimas que cayeron en la Plaza Montt, inmoladas por el plomo homicida en aras del Dios capital, tan sólo porque solicitaban una migaja, porque pedían un pequeño aumento de salario, porque pedían justicia por los abusos y arbitrariedades que con ellos se cometen en los feudos salitreros”. Sin embargo, la lectura obrera de los luctuosos sucesos de Iquique no señalaba solamente una recordación pasiva, había que aprovechar la muerte de tantos y tantos compañeros para que fuera actividad, era preciso transformar el recuerdo en nueva fuerza participativa:

*Bulle desde entonces en su seno, ronca, hirviente, la protesta formidable que, algún día estallará, con caracteres de sublime y potente ira, contra los que ayer, aprovechándose infamemente del letargo obrero, le asesinaron, con la mayor de las villanías, hasta intimidarlo, esbozándole ante sí la expectativa de una masacre sangrienta y salvaje, portadora de cruentos martirios y desolación eterna para los hogares que el sacrificado hijo del trabajo dejaba, sin el esfuerzo de su hercúleo brazo, sin la caricia del padre amante!*¹⁵

En segundo lugar y como ya señalábamos, en la lectura popular de la matanza obrera, el rescate conmemorativo de los sucesos de Iquique no se agotaba en el luto o el homenaje. Debido a la misma justicia de la reivindicación obrera planteada por los huelguistas tarapaqueños y a la brutal represión sufrida, la recuperación popular de este hecho no podía quedarse en la pasividad. La conmemoración obrera no podía ser recogimiento pasivo, la muerte debía trocarse en actividad, nuevamente en vida y así transformar el martirio obrero en semilla de rebeldía popular. “Profunda indignación produce en el ánimo del más pacífico, el pensar en la horrorosa masacre hecha por esos maldecidos rufianes, que en vez de cargar una espada al canto, deberían cargar mejor el grillete del presidiario”. Posteriormente, la misma publicación señalaba que

*La sangre recientemente derramada en Iquique en aras de la imperante tiranía gubernamental, lejos de apagar el fuego aviva la llama y esta amenaza de un momento a otro aumentará con creciente voracidad el incendio de la lucha [a] que nos incitan las injusticias sociales que sufrimos. Este estado de cosas no puede, no debe continuar así, porque se acabarían los últimos vestigios de nuestras libertades y los obreros no debemos pasar por el bochorno de que se nos trate como a hombres sin voluntad y sin conciencia.*¹⁶

Más directa es la publicación de la Mancomunal de Antofagasta al indicar que “nunca las masacres de pueblos indefensos, estériles dejaron los campos que esa sangre regara en el martirio. Más pura la semilla, más grandes y robustos tendremos los retoños, desde los hondos surcos abiertos a metralla, a lanza y sablazo”.¹⁷

Si bien esta traducción de la matanza como un estímulo para la rebeldía popular mayoritariamente se vuelca en términos pacíficos, es decir orientados hacia un incremento de la reivindicación y movilización proletaria, en una minoría de las oportunidades es planteada como una venganza directa hacia aquellos que son vistos como los responsables del asesinato obrero.¹⁸ En algunas

tro duelo”, El trabajo (Coquimbo), 21 de diciembre de 1908

¹⁵ Respectivamente, “21 de diciembre”; y “La luctuosa hecatombe, su 2º aniversario, víctimas y asesinos”. Todos en El pueblo Obrero (Iquique), 21 de diciembre de 1909.

¹⁶ Respectivamente, “Para el pueblo” y “Ojo por ojo...”, La reforma (Santiago de Chile), 1 de enero y 4 de febrero de 1908

¹⁷ “El momento histórico (Para Eduardo Gentoso)”, El trabajo (Antofagasta), 7 de abril de 1908.

¹⁸ A pocos días de ocurrida la masacre, *La reforma* se preguntaba, “¿Debemos permanecer cruzados de brazos, en la más vigorosa inactividad, contentándonos con lamentar lo sucedido? ¡No y mil veces no!, porque creo que en estos momentos no hay un solo obrero que no sienta en su corazón los ímpetus de venganza y odio contra aquellos que han sido autores de la masacre más espantosa de que se tiene conocimiento en los últimos tiempos”, ver “A los Obreros”, La reforma (Santiago), 18 de enero de 1908. En fecha muy cercana, otro periódico finalizaba uno de sus artículos con una arenga popular: “Pueblo: prepara tu

oportunidades puede apreciarse en la crónica popular que, frente a estos acontecimientos, es una delgada línea la que separa la exigencia de justicia y castigo con la venganza proletaria. En agosto de 1908, conmemorando un nuevo mes de los sucesos de Iquique, El Pueblo Obrero señalaba,

*Ayer se cumplió un mes más desde la fecha trágica, en que el poder, confabulado con el capital, lanzó sus hordas de esbirros contra el pueblo indefenso, para que los ametrallaran porque pedían justicia. Que en día como ayer, el vapor de la sangre del millar de inocentes asesinados con alevosía, premeditación y ensañamiento, confunda a verdugos y tiranos y les queme el alma con el ascua del remordimiento. Nunca podrán los verdugos y los tiranos disipar la mancha que los denigra, ni borrar la sangre derramada, porque esta clama venganza y ya se prepara el calvario en que habrán de espiar su negro crimen los asesinos. No tardará en entronizarse la majestad de la justicia y entonces ¡ay de la canalla sanguinaria y perversa!*¹⁹

Sin embargo, esta orientación hacia la acción vengativa directa se vio disminuida frente a aquella tendencia que llamaba a utilizar esta necesidad de venganza sentida por el pueblo masacrado hacia otras direcciones. Al igual que el sentimiento de rebeldía que se buscaba difundir entre los obreros del país como alternativa para transformar una derrota popular en energía para nuevas batallas, la venganza es leída como impulso a la acción, pero mayoritariamente no a la acción directa como en los casos que acabamos de revisar, sino que volcando esa actividad hacia el fortalecimiento de la unión obrera, la cual debía salir fortalecida sobre la base de la articulación de clase.

Por eso la venganza es canalizada como un robustecimiento de la unión y aplicable en una dirección claramente política, lo que es abiertamente señalado por el periódico La Reforma al preguntarse si

¿Debemos permanecer cruzados de brazos, en la más vergonzosa inactividad, contentándonos con lamentar lo sucedido?” y responderse “¡No y mil veces no”, señala cuál debe ser la forma de actuar: “¿Debemos entonces apelar a los comicios públicos...?... ¡No y siempre no, ni lo pensemos! Pobre de nosotros si tal hiciéramos...!! Allí estarían las puntas de los sables y la boca de los cañones, para acallar nuestra osadía y acallar nuestra justa y santa protesta, por orden de nuestros gobernantes seríamos asesinados como lo fueron nuestros hermanos del norte. ¿Qué debemos hacer? ¿Implantar la revolución social a que nos obligan? No, porque sería desastroso para nuestra santa causa; ellos tienen todas las armas y garantías para combatir... No pensáis que sería más noble, más fraternal aunar nuestros esfuerzos en bien de la unificación obrera del país, formando un solo partido capaz de contrarrestar a los partidos burgueses que se han entronizado en el poder y por este medio poder algún día no lejano implantar el gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, o sea, la representación genuina de los obreros... ¿Por qué no dejamos de un lado los antagonismos que han sido y son los principales causantes de nuestras desgracias y que nos llevan a la ruina y nos esforzamos por formar un partido poderoso... ya se llame partido obrero, demócrata o socialista, o como quiera

guadaña. La sangre derramada por los muertos de Iquique y los ayes lastimeros de los heridos anuncian la próxima hora de las venganzas!”, ver “La opinión de don Malaquías Concha”, El trabajo (Coquimbo), 4 de enero de 1908

¹⁹ “21 de Diciembre”, El pueblo Obrero (Iquique), 22 de agosto de 1908. Casi un año después, el mismo periódico exclamará, “Este hecho de barbarie jamás se borrará de la mente de los obreros de esta provincia; porque la opresión en que viven, les hace tener ese malestar sordo y que en día no lejano hará su erupción, para vengar la sangre de los mártires caídos en aras de la libertad y la justicia”, “El día de la matanza”, 21 de diciembre de 1909

*llamársele, que el nombre poco importa siempre que formen parte de él todos los obreros que deseen el bienestar en clase?*²⁰

Este llamado a la unión proletaria, no sólo proviene de los sectores demócratas. Las dos fracciones en que estaba dividida la democracia y la mayor parte del movimiento Mancomunal buscaron un estrechamiento de los vínculos del proletariado. Así, la prensa obrera también tratará de *leer* la matanza de Santa María de Iquique como una semilla de unidad proletaria. En abril de 1908, El Trabajo de Iquique convocaba a sus compañeros señalando: “Acudid, pues, sin excepción, todos los compañeros a impulsar la obra de la Unión, a fortalecer la voz de El Trabajo, para que ella se mantenga potente en defensa de los comunes intereses de los que trabajan y producen”,²¹ Demostrando con ello la forma en que a partir de estos sucesos, la prensa popular ve la necesidad de articular la unidad del movimiento obrero.

De esta forma, la base constitutiva de la *lectura* popular de la matanza de Santa María, es decir, cómo este acontecimiento es traducido e internalizado por la clase trabajadora, puede resumirse en tres aspectos centrales. En primer lugar, el que la *hecatombe* es sufrida como una inmolación de sus compañeros, quienes por ello se constituyen en mártires del trabajo. En segundo lugar, esta ofrenda realizada por sus hermanos de clase debe llevar a los trabajadores a asumir una actitud y desplegar una actividad tanto rebelde como vengativa. Y, por último, en donde la unión del elemento trabajador, la unidad como clase del proletariado, se hace imprescindible para conseguir un cambio sustancial en su situación. A estos aspectos centrales se le une un nuevo y fundamental elemento que ayuda a explicar la radicalización de la conflictividad social con posterioridad a 1907 y a la vez evidenciar una modificación en la conciencia de clase del proletariado especialmente tarapaqueño y chileno en general. Este nuevo elemento va a estar constituido por la centralidad que adquiere la visualización, por parte de la prensa obrera y sus organizaciones, de que la lucha que desde hace mucho tiempo vienen enfrentando contra el capital no está intermediada por las autoridades administrativas del país, sino que por el contrario éstas últimas han demostrado — especialmente en los mismos sucesos de Iquique— que actúan en alianza con el capital.

Como es sabido, regularmente el movimiento obrero recurrió a las autoridades ya sea provincial o nacional en busca de solución a sus conflictos con el capital. Bastará para probar esta afirmación la recurrencia popular a la elaboración de *memoriales* y, de hecho, en la misma huelga de diciembre de 1907 en Iquique son los obreros los que solicitan la intervención de la autoridad. Por lo tanto, lo nuevo vendría a ser que la misma brutalidad desplegada por las autoridades en la represión de la huelga evidenciaría la parcialidad que caracterizaría su actuación, perdiendo con ello su posición de supuesta neutralidad frente a los conflictos entre el trabajo y el capital.

Esta situación se aprecia tempranamente y ya en la primera edición posterior a la masacre obrera, El Pueblo Obrero destaca que

Todos confiaban en la palabra del Intendente Eastman que había dicho a los huelguistas [que] traía la palabra autorizada del Presidente de la República para solucionar favorablemente a los trabajadores el conflicto entre estos y sus patronos, pero que esperaba que el pueblo le secundara en sus gestiones. Los salitreros desde el día 20, pasaron en banquetes y champañazos con el Intendente, el general Silva y los llamados notables que hicieron de mentores de la autoridad.

²⁰ “A los obreros”, La reforma (Santiago de Chile), 18 de enero de 1908. Al respecto ver también “Recuerdo y Venganza”, El trabajo (Coquimbo), 21 de diciembre de 1908

²¹ “La voz de la razón”, El trabajo (Iquique), 4 de abril de 1908. Por su parte, *El pueblo Obrero* constantemente llamaba a la unidad del elemento obrero de la provincia y es así como ya en el 1º aniversario de la masacre indicaba que “como no ha tenido sanción el crimen que se perpetrara, el pueblo se ha unificado, confortando el espíritu en las consecuencias de pasada imprevisión, para arrancar de los dirigentes los poderes con que el pueblo los honrara”, “El 21 de Diciembre”, El pueblo Obrero (Iquique), 21 de diciembre de 1908

Con ocasión del 1º aniversario, la misma publicación señalaría que

El crédulo Gobierno se hizo eco de la depravación y de la maldad capitalista, autorizando a las autoridades para decretar el exterminio de los obreros, empleando las armas que la patria tiene para mejor empleo. El Gobierno, se hizo parte en un conflicto en que primaban intereses de dos bandos compuestos de capital y trabajo. La autoridad, lejos de mantenerse resguardando imparcialmente de los bandos contrincantes, se puso al lado del capital y amparando sus pretensiones se dedicó a producir la sacrílega matanza.

Más aún, un año después volverán a insistir en esta alianza al recordar que “Hoy todos los obreros vestimos luto y los señores burgueses, autoridades y soldadesca ríen de la hazaña que creen haber consumado”. De la misma forma, hacia fines de 1908 publicaba un ácido artículo en el que indicaba: “Esto ya no es República, es una factoría de esclavos en que cada obrero debe estar secretamente vendido por la tiranía a un precio vil, porque los aventureros capitalistas hacen de cada hombre un autómatas, y cuentan a su vez con la fuerza para reprimir cualquier voz de protesta”. Asimismo, la asociación existente entre los patrones y las autoridades queda de manifiesto en otro artículo —esta vez de septiembre de 1909— en el que se señala que “desde los fatales sucesos sangrientos que tuvieron lugar el 21 de Diciembre de 1907, el proletariado de Tarapacá ha venido palpando los más ignominiosos abusos de parte de los capitalistas y las autoridades”.²² Por su parte, otro periódico iquiqueño se refirió a este aspecto diciendo que “A la gente de la pampa los salitreros no le hicieron ni una promesa, todos se concretaron a decir que no podían oír ni decir nada bajo la presión de la gente, y en pedir garantías a la autoridad compeliéndola a destruir la huelga a balazos, como manera de terminar pronto con ella, lo que no le fue difícil de conseguir a una autoridad timorata”.²³

La evidencia de esta alianza existente entre las autoridades administrativas y el capital también fue tempranamente recogida en Santiago, donde con ironía declaran que

*Nos encontramos en el paraíso restaurado! Nuestra situación no puede ser más envidiable, sobre todo en Iquique. Los trabajadores se levantan a protestar contra las estafas que los salitreros hacen en los jornales de los trabajadores. ¡Zas! El Gobierno pone cinco regimientos de vagos, llamados militares, a las ordenes de los estafadores, llegando en otro artículo a concluir que Mañana el sindicato salitrero se niega a cancelar el jornal de los obreros en la moneda estipulada, a cambiar las fichas por el valor que representan y para liquidar sus obligaciones gestiona una orden de masacre que haga silenciar a los trabajadores.*²⁴

Frente a esta situación, necesariamente el mundo de los trabajadores tiende a reforzar su propia unidad, pero esta vez cimentada sobre nuevas bases. El alto nivel de evidencia en que queda la alianza entre la autoridad y el capital luego de los sucesos de Iquique no hace sino reforzar la opresión y explotación de los trabajadores, quienes ven desaparecer un posible agente mediador en torno al enfrentamiento del capital y el trabajo. Con esta alianza de *los de arriba*, los trabajadores se ven obligados a redefinir su apreciación de las relaciones sociales, de la cual resulta la existencia de sólo dos clases sociales antagónicas: Explotados y explotadores.²⁵ A partir de esta *lectura*

²² El pueblo Obrero (Iquique), respectivamente: “La matanza del 21. Actitud de las autoridades. Alevosía, premeditación y ensañamiento”, 11 de enero de 1908, destacado en el original; “El 21 de Diciembre”, 21 de diciembre de 1908; “Un recuerdo”, 21 de diciembre de 1909; “La obra de la Oligarquía”, 24 de octubre de 1908; y “Alzad la frente”, del 25 de septiembre de 1909

²³ “La ley del embudo”, El trabajo (Iquique), 1º de julio de 1908.

²⁴ La reforma (Santiago de Chile), respectivamente, “¡Que hermosa garantía! ¡Que bonita libertad! ¡Que progreso!”, y “Tiro al blanco”, ambos del 29 de diciembre de 1908

²⁵ Como diría José Bengoa, “1907 marcó la ruptura de las lealtades entre rotos y patrones, que había sostenido la sociedad oligárquica”. Ver la Introducción al libro de Crisóstomo Pizarro, *La huelga obrera en Chile* (Santiago de Chile: Ediciones Sur, 1986), 5

popular, al proletariado especialmente tarapaqueño y chileno, en general, se le reveló que en la sociedad no hay más que dos bandos en pugna y ello, a su vez, indicó claramente al pueblo que en su lucha estaba solo. En palabras de La Reforma, “Nuestro duelo debe afectarnos a todos los que sentimos correr sangre de chileno por nuestras venas. Pertenecemos a la colectividad de los hombres abandonados por la humanitaria mano de nuestros caribes gobernantes y hagamos lo que debemos hacer: humanidad amplia para nuestros compañeros de clase”.²⁶ Aunque más claro resulta lo dicho desde Antofagasta, al indicar que

*Hoy se reúne el pueblo a protestar y levantar su voz pidiendo amparo y protección. ¿A quién? ¿A los que llama sus representantes? ¿A los que revestidos de la representación y defensa de sus intereses y derechos?... Como lo veis pues obreros... nada esperamos de nuestros explotadores, pues los que se valen de la maldad, el cohecho y la farsa para humillarte, jamás harán nada beneficioso para las clases obreras, en el interés de ellos está mantener[te] humilde, ignorante y pobre, para que no puedas nunca levantar tu frente altiva pidiendo cuenta y justicia a los explotadores eternos de nuestras miserias.*²⁷

La prensa obrera asumió los sucesos de Iquique con una lectura compleja ya que no sólo buscaban denunciar la situación en la cual el martirio sufrido por los trabajadores tarapaqueños ocupaba un lugar importante, sino que por encima de ello, vieron en la incorporación de esta horrenda experiencia, una lección que pudiera ser aprovechada por la clase trabajadora. Esto resulta —a nuestro juicio— una clave para poder apreciar cómo estos sucesos influyeron en una profundización y/o radicalización de la conciencia de clase del proletariado tarapaqueño y chileno.

De esta forma, es especialmente esta última vertiente de la lectura popular de los sucesos de Iquique la que nos permite comprender más fácilmente cómo, a partir de la acción proletaria expresada en la huelga y de una experiencia concreta —como lo fue la matanza del 21 de diciembre de 1907— el proletariado tarapaqueño profundizó su conciencia de clase, lo que le permitió reforzar —sobre bases más sólidas— su identidad obrera. Ya que luego de homenajear a los caídos, los sectores populares replantearon su unidad de clase sobre la base de una nueva lectura tanto de su propia experiencia como del diagnóstico de la realidad social en la que estaban inmersos, en la cual las autoridades provinciales y nacionales ya no constituían un actor independiente y al cual era posible apelar, sino que por el contrario, se habían manifestado abierta y brutalmente como asociados al sector patronal, y con ello —ante la visión popular— se habían vuelto cómplices del enemigo tradicional, cómplices del capital.

²⁶ “Duelo social”, La reforma (Santiago de Chile), 29 de diciembre de 1908.

²⁷ “Nada esperamos”, El trabajo (Antofagasta), 20 de diciembre de 1908. Destacado en el original.